

Borja Rodríguez Gutiérrez

EL TRAJIDOR DE

LA CORTE



En la Castilla de 1360, Pedro I el Cruel pide a su amigo Rodrigo Muriel que investigue el asesinato de uno de sus hombres más cercanos.

El traidor de la corte



El traidor de la corte

Borja Rodríguez Gutiérrez

Rocaeditorial

© 2009, Borja Rodríguez Gutiérrez

Primera edición: noviembre de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Rodesa
Villatuerta (Navarra)

ISBN: 978-84-92429-98-1
Depósito legal: NA. 2.744-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Ángela y Marta,
que estaban antes, estaban durante,
están ahora y, estén donde estén,
siempre estarán conmigo

Capítulo 1

Castillo de Llaguno
25 de abril de 1360

Un sol recién aparecido en el cielo azul y frío teñía de rojo y dorado los muros del castillo de Llaguno. A medida que ascendía en el horizonte, iba iluminando más y más la fortaleza, una hermosa construcción cuyos muros, tachonados de esbeltas torrecillas, rodeaban la meseta que coronaba un rocoso peñasco. Cuando hasta la última torre relucía dorada al sol, los rayos aún no habían iluminado la base del viejo torreón que dominaba el conjunto de la fortaleza. Más viejo, más oscuro y más tosco que las torres que le rodeaban, el torreón daba una impresión de fuerza brutal, antigua y huraña. Frente a su piedra oscura y tosca y a sus espesos muros, el resto del castillo parecía un añadido inútil, más adorno que refuerzo. Cualquier ataque a sus enormes muros ciegos parecía un sinsentido, un absurdo.

Cuando contemplaba la vieja torre Lope Zurro, el alcaide del castillo, gustaba de imaginar que aquélla era la morada de señores antiguos y poderosos que no se mezclaban con los asuntos de la gente corriente. La plataforma que se extendía en lo alto del torreón, mirando hacia el este, le parecía el salón del trono del oscuro monarca que vivía en las alturas, y que tan alto se encontraba sobre los hombres que apenas veía en ellos más que hormigas.

Zurro esperaba siempre el amanecer en la torrecilla del castillo situada más al este. Dando la espalda al alba observaba con

ansia cómo la línea del sol naciente iba trepando por los muros, tiñéndolos de un brillante dorado; cuando la luz llegaba hasta la plataforma final y la torre quedaba iluminada en su totalidad, experimentaba una gran tranquilidad. Un día más, todo funcionaba y todo estaba en su sitio. El sol y la luz ahuyentaban los oscuros miedos que ladraban en alguna parte escondida y profunda de su espíritu: la noche había terminado y podía descansar. Aquel ritual era para Zurro como la comida y el agua, algo que le daba fuerzas y que le permitía seguir adelante con su vida y con su misión. Todas las madrugadas, cuando se encaminaba a la torre donde iba a esperar la amanecida, una voz interior le decía que aquel día sería distinto, que el sol faltaría a su cita, que la mañana nunca llegaría. Y todos los días, cuando el primer rayo mordía la piedra, un gran alivio dulcificaba su interior.

10 Pero aquel día no fue así. En el instante en que el último rayo de sol llegaba a lo alto del viejo torreón, Zurro bajó corriendo y gritando de la torre del este. Mientras corría por el camino de ronda vociferaba órdenes a los hombres bajo su mando: todos debían dirigirse a toda prisa a la puerta del viejo torreón. Cuando llegó jadeante ante la sólida puerta de madera, comprobó que estaba trancada. No se molestó en examinar los muros, bien sabía que era imposible trepar por aquellas paredes a no ser que alguien tendiese cuerdas desde lo alto. Mandó al instante que varios hombres fueran a por hachas para atacar la recia madera de la vieja puerta y se sentó sofocado en el suelo.

A pesar de todas sus órdenes y de los gritos e insultos a sus subordinados, una voz en su interior le decía que había fracasado, que el hombre al que su rey le había mandado proteger sobre todas las cosas había muerto o acaso algo peor, que cuando echasen abajo las puertas no encontrarían nada o quizá sólo los restos de Martín de Utiel. También sabía que su obligación era mandar en el acto un mensajero para informar de la muerte de Utiel, pero un nuevo miedo había despertado en su interior; un miedo distinto, mucho más terrenal y concreto: el miedo a lo que podría pasar cuando se supiera que había fallado en su misión.

Sabía muy bien que el rey de Castilla no toleraba fallos y

que no era propenso a disculpar los errores de los suyos. Aunque ni él ni ninguno de sus hombres lo dirían nunca en voz alta, todos sabían que fuera de su tierra se conocía al rey por un nombre muy diferente del de Pedro de Castilla con el que firmaba sus órdenes. Le llamaban el rey cruel: Pedro el Cruel.

Unos pocos minutos antes de que Lope Zurro se sentara jadeante ante la puerta de la torre, Martín de Utiel alzó la trampilla que permitía el paso a lo alto del torreón y salió al exterior. La cerró maquinalmente y puso sobre ella el tablón que la aseguraba, encajándolo bien en los agarres, a pesar de que sabía que tanto la puerta del exterior de la torre como la del acceso a las escaleras estaban bien cerradas. Pero su obsesión por las puertas cerradas y por la seguridad actuaba como siempre, aunque su cerebro aún no había disipado del todo las brumas del sueño.

A pesar de las gruesas ropas que llevaba, sintió el mordisco del intenso frío. A su alrededor la helada había formado una espesa capa de cristales de hielo y las hierbas y los líquenes que sobrevivían en lo alto de las torres estaban cubiertas de una escarcha brillante y dura.

11

Utiel no se sorprendió. Todos los días subía a lo alto de la torre y estaba acostumbrado al frío, al hielo y a la escarcha. Era lo bastante mayor como para acordarse de las primaveras de la regularidad y para recordar los días soleados de aquellos meses de abril ya desaparecidos, pero eso había terminado. Desde mucho atrás había vivido tiempos duros y fríos y él mismo era duro y frío, un hombre que había sabido adaptarse a su época y vencer las dificultades.

Encorvado para protegerse del viento helado, Utiel sonrió al recordar a aquel chiquillo que tal vez fue un día. «No fueron malos tiempos», pensó confusamente, notando un cierto mareo. Quizá se había excedido con el vino la noche anterior y eso explicaría el fuerte dolor de cabeza que sentía, que intentó ignorar como había ignorado tantos dolores, propios y ajenos, a lo largo de su vida. Avanzó con cuidado hasta situarse entre las dos piedras que daban acceso a la estrecha plataforma que sobrevolaba el castillo. Allí, como hacía desde varios días atrás, se irguió contemplando el castillo que se extendía a su pies.

Los soldados se atareaban en el patio del castillo, preparándose para hacer girar los cabestrantes que alzarían la reja de hierro que cerraba la puerta del muro del castillo. Simuel de Carrión se encontraba junto a uno de éstos y miraba algo que había en el suelo y que el viejo don Lucca le señalaba. El padre Juan estaba sentado ante la puerta de la armería de Simuel y Martín de Utiel vio, sin sorpresa, que estaba bebiendo. «La primera jarra de vino del día», pensó, y sintió envidia del cura. Él también bebería con gusto una buena jarra de vino. Zurro estaba, como siempre, en la torre del este, contemplando el amanecer.

12 A pesar del dolor de cabeza y del frío en el estómago, Utiel sonrió complacido. No había para él mayor placer que sentirse poderoso y ahora tenía esa sensación, mientras contemplaba al hombre al que tenía en su poder. Un secreto más que añadir a los que ya poseía y que se iba a hacer pagar a buen precio. Sí, desde hacía mucho tiempo se había dado cuenta de que saber lo que nadie más sabía era una forma muy satisfactoria y profunda de poder, sobre todo cuando podía cobrarse un precio por el silencio, un precio que se podía variar siempre que él quisiera.

Parpadeó, mirando hacia el camino del norte. Pronto, según sus cálculos, tal vez al día siguiente, un hombre vendría por ese camino. Un hombre al que Utiel había mandado venir, que acudía gracias a su poder y que le pagaría un precio enorme por el secreto que sólo Utiel conocía.

De pronto fue consciente de un dolor en uno de los dedos de su mano izquierda. La miró y vio sorprendido que el dedo índice estaba ensangrentado y aplastado. ¿Cómo era posible que no hubiese notado nada hasta ese momento?

Cuando alzaba la mano para examinar su dedo murió.

Capítulo 2

*En las montañas del norte
12 de noviembre de 1347*

El muchacho se acercó a la puerta con miedo. El viento helado del invierno se paseaba por el corredor y se arremolinaba en torno a sus piernas. La fría luz de la mañana invernal se filtraba por las múltiples aberturas de la vieja puerta de madera.

Por entre las grietas de los tablones había contemplado a la prisionera: una mujer menuda, delgada, con el pelo desgredado y canoso y un sucio vestido que había sido blanco. Las más de las veces permanecía ensimismada, pero otras cantaba dichosa, transportada a un mundo de recuerdos felices, y otras lloraba amargamente. Entre los llantos y las canciones hablaba y hablaba: frases inconexas que el muchacho intentaba infructuosamente descifrar, comprender.

Ya eran muchas las veces que el joven había llegado hasta allí, aprovechando las primeras luces del alba, cuando todos los habitantes del viejo caserón estaban dormidos. Se acercaba con sigilo a la puerta, procurando no hacer el menor ruido, y acercaba sus ojos a alguna de las rendijas. Su preferida era una, casi horizontal, muy cerca del suelo, que sólo podía utilizar si se tumbaba en la fría piedra del corredor. Desde allí, tiritando, observaba a la mujer, que conforme iba apareciendo la luz de la mañana por la ventana de la estancia, situada justo encima de la puerta por donde miraba el muchacho, se quedaba contemplando al cielo con fijeza. La luz la animaba y frente a ella prorrumplía en cánticos o en lloros; a veces en ambas cosas a la vez.

El muchacho la observaba en silencio, con la respiración agitada, pendiente al tiempo de las palabras de la mujer y del ruido del corredor, de las pisadas que podían anunciar que cualquiera de los sirvientes o que su tutor o tutora se acercaban por esa ala del caserón.

14 Hacía ya mucho tiempo que había llegado hasta aquella habitación. Desde pequeño aprendió que había zonas de la casa donde tenía prohibida la entrada. Nadie se lo dijo, si bien puertas cerradas y pasillos terminados en recios tablones eran información suficiente. Pero el muchacho sentía que necesitaba saber lo que había en la parte prohibida, en aquel lugar que estaba tras las puertas y las barreras. Primero fue una curiosidad, luego una inquietud, más tarde una obsesión. Espiaba a sus tutores y a los criados, se fijaba en todas las puertas, contaba las veces que entraban y salían de la casa. Poco a poco fue descubriendo que había allí alguien más, alguien de quien nunca le habían hablado. Entraban comida y la llevaban tras las puertas que él no podía franquear. El muchacho comenzó a escuchar por las paredes de noche, a explorar la casa al alba, en silencio, cuando todos dormían. Como una sombra se deslizaba por los corredores, miraba detrás de las colgaduras y de los muebles.

Así, un día, oyó algo. Eran ruidos confusos al otro lado de un muro de piedra de un almacén, un muro más viejo que el resto de la casa, de aspecto tosco. Pegando la oreja al muro, moviéndose centímetro a centímetro, el joven encontró un punto en el que los ruidos se hacían más nítidos. Era una voz, una voz de mujer, no cabía duda de eso. Pero lo que le puso los pelos de punta fue que la voz estaba llamándole, estaba diciendo su nombre. No había error, no era una fantasía. Lo oyó con toda claridad, con la oreja pegada al muro húmedo y helado, aterido de frío, temblando de miedo y de excitación. Aquella voz le llamaba y él tenía que llegar hasta ella.

Durante días, durante semanas y meses, le obsesionó el cómo llegar hasta esa voz, cómo encontrar un camino hasta ella. Recorrió el almacén y todas las partes contiguas, buscó pasadizos, aberturas y grietas, exploró los tejados en vano. Hasta que un día empezó a fijarse en el suelo y encontró en una esquina del almacén la entrada de una bodega. Todo era oscuri-

dad cuando el muchacho se asomó a ella, pero sintió que por fin había encontrado el camino.

Le costó más de una semana recoger material para una antorcha sin que nadie se enterara, pero al fin pudo volver a la bodega y entró en ella alumbrado por la débil llama de la miserable tea que había podido confeccionar. La bodega era amplia, estaba claramente abandonada y se extendía por tres corredores. El muchacho se dirigió resueltamente a la dirección desde donde le llamaba la voz y al poco rato divisó una débil luz. Esperanzado, continuó hacia ella y se encontró con una escalera que subía hacia la casa. Se dijo que sin duda ya tenía que haber pasado por debajo del viejo muro del almacén. Subió cautelosamente por la escalera y se encontró al final en una pequeña cámara de techo tan bajo que le rozaba la cabeza. La luminosidad venía de lo alto de la cámara y de un lateral. El muchacho se asomó al lateral y descubrió una grieta por la que apenas se podía meter de lado. No vaciló. Dejó la antorcha en el suelo, para que su luz no le delatara, y, confiado en la débil luminosidad que venía de la grieta, se metió en ella con la espalda apoyada en un pared de roca y la otra pared arañándole el pecho. Se estremeció pensando adónde podía llevar aquella grieta, pero enseguida salió a un amplio corredor totalmente desierto e iluminado por altas ventanas. El muchacho miró a un lado y a otro. A su derecha el corredor se alejaba, cada vez más oscuro, hasta un recodo. A la izquierda, cerca de donde estaba había una recia puerta de tablones, con pesados cerrojos y cadenas. Se fijó en que la grieta de donde había salido era prácticamente indistinguible de otras que estaban a lo largo del corredor; todas oscuras, estrechas y extendiéndose desde el suelo hasta el techo que estaba muy por encima de él, a pesar de que el muchacho ya era casi tan alto como los guardias más fuertes de su tutor.

Pero su atención se vio captada inmediatamente por la puerta. Allí, al otro lado, se oían claramente las voces que había percibido a través del muro. Iba a dirigirse a la puerta cuando oyó el ruido de pasos que se acercaban por el otro extremo del corredor. Sin apenas tiempo para pensarlo, sin saber bien por qué lo hacía, se introdujo en la grieta de donde acababa de salir y, protegido por la oscuridad, se atrevió a espiar a los que venían.

16 La grieta era sesgada y apuntaba hacia la puerta, por lo que sólo pudo verlos de espaldas. Eran cuatro hombres y se dirigían a la puerta. El muchacho los reconoció sin dificultad: se trataba de su tutor, el cura de la aldea y un par de guardias de confianza. Uno de éstos llevaba en sus manos un cuenco de barro con una tapa y una cuchara de madera. Mientras llegaban a la puerta se empezó a oír un canturreo monótono, inequívocamente femenino, que venía del otro lado. El tutor del chico sacó una gruesa llave que llevaba en una bolsa atada a la cintura y abrió los dos cerrojos que aseguraban la puerta, pero fueron los guardias los que entraron en primer lugar. El que llevaba el cuenco entró el segundo, mientras el que le precedía enarbolaba un grueso garrote. Tras los guardas entraron el tutor y el cura. Mientras, el canturreo proseguía, como una música inacabable y siempre repetida. Se oyeron voces: la del tutor (el muchacho la conocía bien) y la del cura; el canturreo no se detuvo ni cambió lo más mínimo. Al poco tiempo salieron los cuatro hombres. Primero el tutor, después el cura, luego el guardia que llevaba el cuenco —ahora ya sin él—, y por último el otro guardia, que todavía portaba el pesado garrote, andando de espaldas y sin dejar de mirar al interior del habitáculo.

El tutor volvió a cerrar la puerta, dio varias vueltas a ambas cerraduras con su gruesa llave y encabezó la comitiva. En ese momento el muchacho pudo ver bien sus caras: las asustadas de los guardias, la conmovida del cura y el gesto de furor absoluto e irracional que alguna vez había visto en su adusto tutor. Se pegó contra la roca de su espalda, conteniendo la respiración y temeroso de que le oyeran, y así se mantuvo largo tiempo. Cuando al fin reunió el valor para volver a salir al corredor, todo estaba tranquilo. Con el corazón latiendo ruidosamente en su pecho se acercó en silencio hasta el recodo y miró: un nuevo tramo de corredor oscuro y un nuevo recodo. No había ninguna otra puerta ni estancia a lo largo del pasillo. Se dio la vuelta y lentamente se acercó a la puerta de madera que había al fondo. ¿Qué había allí que provocaba la furia de su tutor y el susto de los guardias? ¿Quién o qué era tan peligroso que había que encerrarlo tras una gruesa puerta asegurada con pesados cerrojos de hierro? Temblaba de miedo mientras sus pies, sin que fuera del todo consciente de ello, le dirigían hacia allí.

El canturreo seguía, monótono e inmutable. Mil veces pensó salir corriendo, pero algo se lo impedía. Quería, sobre todas las cosas, saber qué era lo que había al otro lado de aquellos tablonnes de madera.

Por fin se encontró allí y, en un estado de semiinconsciencia, sintiendo que una fuerza ajena se había apoderado de él, se inclinó y descubrió una amplia ranura entre dos tablonnes, muy cerca del suelo. Se tumbó y acercó sus ojos a la ranura, buscando al monstruo, al diablo que vivía ahí escondido y que su tutor visitaba acompañado de dos guardias y de un cura.

Era una mujer, comprendió asombrado, una mujer pequeña, menuda, acuclillada, cubierta con los restos de un vestido que acaso fue una vez blanco, lleno de mugre y de suciedad. No le veía la cara, pues los pelos desgreñados y enmarañados se la cubrían, así como la mayor parte del cuerpo. El canturreo monótono que no había dejado de repetirse mientras él se acercaba temerosamente a la puerta venía de ella. Estaba inmóvil, con la cabeza gacha, como inmóvil estaba el muchacho observándola, preguntándose quién sería, de donde vendría, por qué estaba encerrada ahí.

17

De pronto uno de los primeros rayos de luz de la aurora entró por la ventana que quedaba sobre la puerta de tablonnes, muy por encima de la cabeza de la prisionera. Ésta levantó sus ojos a la luz justo en el momento en que los rayos de sol entraron de lleno y la iluminaron por completo. El muchacho vio claramente su cara marcada de arrugas, de heridas, desencajada y sucia. La mujer, de pronto, empezó a cantar en un tono muy distinto unas estrofas que hablaban de alegría y de amor. Cantaba mientras la luz iluminaba su rostro, mientras las lágrimas corrían a raudales por su cara. El muchacho la observó fascinado. Sabía que ésa era la voz que había oído al otro lado del muro, la voz que le llamaba. Pero ahora estaba allí y no sabía qué hacer, no entendía por qué le llamaba, no comprendía qué se le pedía.

De repente la mujer dejó de cantar, se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar desconsoladamente. Pero antes de cubrirse el rostro dijo, por tres veces, de forma muy clara, el nombre del muchacho. Después, entre lágrimas, con la voz estremecida por el llanto, siguió diciendo algo, llamando a al-

guien, pero el chico no consiguió entender las palabras de la desgraciada mujer.

No importaba. El joven supo sin ninguna duda, sin vacilación, que la mujer era una víctima, que era inocente, que no había por qué tenerla encerrada, que tenía derecho a ver el cielo azul y la noche estrellada, a sentir el viento en su piel y la lluvia en su cara. Comprendió que era una prisionera rodeada de crueles guardianes, que no se merecía ese encierro, que estaba indefensa y que sólo le tenía a él para salvarla de su cautiverio. Todo ello lo vislumbró en una fracción de segundo, el mismo tiempo que tardó en darse cuenta de que quería, más que nada en el mundo, salvarla, protegerla y cuidar de que nadie la volviera a dañar.

No se atrevió a llamarla. No sabía qué podía decirle. Pero decidió que iba a liberarla. Ignoraba cómo, pero de alguna manera encontraría la solución.

18 Desde entonces su vida se dividió entre las heladas madrugadas en las que miraba por la rendija a la prisionera y su sonámbula estancia en el caserón guiada tan sólo por la obsesión de encontrar una forma de liberar a la mujer. Nadie se sorprendió de su ensimismamiento, puesto que nadie en realidad le prestaba atención. El muchacho era atendido en sus necesidades materiales: comía, se le preparaban los vestidos y se limpiaba su habitación. El cura acudía a verle todos los días después de la comida y le iba enseñando lo poco que sabía. Rara vez hablaba con nadie más. Su tutor nunca le dirigía la palabra si podía evitarlo y su tutora sólo le comentaba cosas de la comida y de la casa en un tono frío y poco adecuado para la conversación. Así había crecido el muchacho y no extrañaba, por tanto, la situación. Por esas razones podía errar por el caserón sin que nadie se preguntase dónde estaba ni lo que hacía.

Pasó muchos días espionando a su tutor, empeñado en descubrir el escondite de las dos llaves que abrían la puerta. Cuando el hombre se ausentaba el chico entraba en sus habitaciones y registraba, de forma metódica y exhaustiva, todo lo que había. Siempre con extremo cuidado, siempre fijándose en dejarlo todo como lo había encontrado, siempre con el oído puesto en cualquier ruido que le alertara de la llegada de alguien.

Finalmente las encontró, colgadas de un clavo, en la parte posterior de un viejo arcón, en la estancia donde su tutor guardaba papeles, útiles de escritura y unos cuantos libros. Eran dos llaves de hierro, gruesas y pesadas. Nada más verlas estuvo seguro de que eran las que abrían la habitación.

Y ahora por fin estaba ante la puerta, no para mirar una vez más por la rendija, sino para abrirla y conceder a la prisionera su libertad. Aquella madrugada se había vestido cuidadosamente, se había puesto sus mejores ropas y se había ceñido a la cintura la ornamentada daga que un día le dijeron que era herencia de su padre.

Durante un momento se paró, indeciso, frente a la puerta cerrada. Finalmente, respirando entrecortadamente por la excitación, metió una de las dos llaves en la cerradura. Giró el cerrojo sin dificultad y lo mismo hizo con la otra. Empujó la puerta con rabia, indiferente al ruido de las bisagras. A la vacilante luz que empezaba a entrar por la ventana vio a la mujer, acucillada, en la misma postura en la que tantas veces la había contemplado a través de la rendija. Avanzó hacia ella, buscando infructuosamente algo que decirle. Su lengua parecía haberse vuelto de madera de repente; tragó saliva y dio dos pasos más. Los rayos del sol entraban ahora de lleno por la ventana, a su espalda, y su cuerpo proyectaba una sombra que cubría por completo a la mujer. Por fin la llamó. La llamó por el nombre que ella repetía más de una vez en sus llantos y sus cantos. Era el único nombre de mujer que le había oído pronunciar y el muchacho estaba seguro de que era el suyo, el nombre que había tenido cuando era una persona libre.

La llamó dos, tres, cuatro veces. La mujer levantó la cabeza por fin con expresión de extrañeza. Se puso en pie y el muchacho vio que era aún más pequeña de estatura de lo que había supuesto, que apenas le llegaba al hombro. La mujer se adelantó hacia él y extendió los brazos, intentando tocarle. Él permaneció inmóvil, no quería asustarla. La mujer le tocó la cara con los dedos ásperos y fríos y dejó caer sus manos por el pecho del muchacho. Le miraba fijamente a los ojos, con expresión ausente. Él estaba casi hipnotizado y correspondía a la mirada de la prisionera, buscando en aquellos ojos una luz de inteligencia, una respuesta, una expresión.

De repente la vio sonreír y casi inmediatamente un dolor abrasador le recorrió el costado.

—Al final llegó tu castigo —dijo ella.

El muchacho se retorció, se llevó las manos al vientre y se aferró al mango de su daga, que la mujer le había clavado en el costado. Se tambaleó y cayó al suelo sin fuerzas, sin comprender nada, mientras la mujer, con las manos empapadas en sangre, repetía una y otra vez la misma frase. De pronto se miró las manos y comenzó a chillar:

—¡Llegó el castigo! ¡Llegó el castigo! —gritaba sin parar, cada vez más alto.

El muchacho sintió una inmensa tristeza, una sensación de fracaso, por ella, que seguiría en su cárcel, y por él mismo, malogrado en lo único que le había importado en su vida. Mientras se hundía en la oscuridad, vagamente consciente de unos pasos que se acercaban presurosos por el corredor, lloró por el fracaso de su sueño, por el dolor de su herida, por la locura de la mujer que le había apuñalado.

No llegó a sentir las manos de su tutor en sus hombros ni oyó los gritos de horror de los sirvientes.

Capítulo 3

*Campamento real, cerca de Nájera
25 de abril de 1360*

Fernando de Castro avanzaba rápidamente entre sus hombres, ensimismado en sus pensamientos. Indiferente al frío del amanecer, su esbelta figura descollaba entre sus subordinados vestido con una simple camisa, mientras que el resto de la concurrencia se cubría con las ropas que más a mano tenían, protestando en voz baja de los caprichos de su señor. Pero las protestas eran suaves y más por costumbre de los soldados que por auténtico enfado. De todos los señores guerreros que servían a las órdenes del rey Pedro de Castilla, Fernando de Castro era, sin discusión, el más querido y aclamado. Se había ganado el cariño de sus hombres cuidando de su seguridad como de la suya propia, compartiendo la habitación, la comida y las incomodidades hasta con el último hombre de su tropa y guiando con prudencia y juicio a su gente en la batalla. Normalmente era amistoso y alegre, pero hoy su mirada desvaída y su aspecto ensimismado demostraban su gran preocupación.

No obstante, los hombres no estaban sorprendidos por la actitud de su jefe: ya hacía varios días que Fernando de Castro estaba de un humor sombrío. Entre los soldados se comentaba que la larga espera en los llanos de Nájera estaba impacientando a su general. Eran ya muchos días los que el rey Pedro llevaba acampado a las afueras de la ciudad, en la que se escondía su hermanastro Enrique tras su fracaso al intentar hacerse dueño de Castilla. Castro quería a toda costa entrar en Nájera,

o disponer el asedio, o irse a otra parte o hacer cualquier otra cosa: la inactividad no se había hecho para él. Pero el rey de los ojos fríos permanecía imperturbable y dejaba pasar los días sin hacer nada que sus hombres pudieran entender. Y la impaciencia corroía al general.

Comentaban los hombres de Castro que el mal humor de su jefe había aumentado hacía algunos días, desde que un mensajero de aspecto cansado había llegado un frío amanecer sin que nadie supiera de seguro de dónde venía. Un nombre había circulado entre la tropa: Llaguno. Los oficiales habían hablado con los soldados, pedido silencio y secreto y amenazado con castigos a los que se fueran de la lengua. Pero todas esas amenazas eran inútiles y los propios oficiales lo sabían: una vez que un rumor se extendía entre la tropa era imposible pararlo. Apenas un día después de la llegada del mensajero todos los hombres del campamento sabían que algo pasaba en Llaguno.

22 Para muchos el nombre no significaba nada, pero algunos conocían su significado. Llaguno era un pequeño pueblo, coronado por un viejo castillo, que se encontraba entre unas montañas al norte, en unas tierras olvidadas que habían sido asoladas por la pestilencia y en la que ahora vivían pocas, muy pocas personas. Pero todos estaban de acuerdo en que a partir de entonces el ceño de Fernando de Castro se acentuó, y de que según pasaban los días se encontraba más huraño y preocupado. Como siempre hacía cuando estaba de ese humor, su actividad aumentaba de manera notable, y cuando Fernando de Castro trabajaba sus hombres también lo hacían. Así, la tropa, que esperaba unos días de descanso tras la última batalla contra las fuerzas aragonesas de Enrique el Bastardo, se encontró construyendo empalizadas, arreglando caminos, haciendo guardias, vigilando el horizonte, transportando útiles de guerra y alimentos y haciendo mil cosas más.

Ese día la jornada empezaba temprano, como siempre, y el entrecejo de su señor les auguraba un largo día de trabajo. Entre suspiros de resignación los hombres de Castro se dispusieron a la labor que se les ordenaba, deseando en su interior que se resolviera de una vez el problema que a su jefe le había llegado desde Llaguno.

Y

Mateo Fernández contemplaba el ajetreo de las tropas de Castro con su eterna sonrisa. Si alguno de los soldados que se aprestaba a la labor del día le hubiera preguntado por lo que ocurría en Llaguno, podría haberle dado mucha más información de la que se repetían unos a otros. Eso si hubiera querido darla, lo que era muy infrecuente, o si alguno de los soldados se hubiera atrevido a dirigirse a él, lo que era prácticamente imposible. Todos los mozos del campamento sabían muy bien que había que temer al rey, desde luego, pero aún más a su ministro, Mateo Fernández. Las horcas y las tumbas olvidadas al borde del camino eran el destino de aquellos que no aprendían con rapidez el peligro que suponía ese hombre. Aún ese día, en medio de la fría mañana, los soldados tenían buen cuidado de desplazarse por el campamento siguiendo un itinerario que consistía básicamente en no acercarse nunca al ministro del rey, de suerte que Fernández parecía rodeado por una invisible barrera que impedía a la gente acercarse a él.

Eso no importaba al ministro, o no le hubiera importado de haberse detenido a pensar en ello. Pero sus cavilaciones estaban muy lejos del campamento, de los hombres de Castro, del propio Castro o de nada de lo que delante de él pasaba. Su pensamiento estaba en Llaguno y en el hombre que estaba en Llaguno: Martín de Utiel. El rey no le había informado de nada, lo que demostraba que el asunto era grave, pero Fernández tenía sus propias fuentes de información, que había ido creando para asegurar y afianzar su posición junto al monarca. Siempre latía en su interior el temor de perder el favor del rey, de ser apartado de sus cargos y trabajos. Y al comprobar que el rey no había confiado en él respecto al tema de Utiel, al darse cuenta de que había una grieta en la relación de Pedro de Castilla con su más cercano ministro, la inquietud corroía su corazón.

Fernández no se hacía ilusiones sobre su futuro. De cuna humilde, sin relaciones ni propiedades, sólo sobreviviría mientras el rey lo apoyara, a no ser que fuera capaz de crear su propia seguridad, de buscar una base firme para mantenerse aun sin gozar del apoyo del rey de Castilla. Para ello no reparaba en medios: si su conciencia había tenido alguna voz la

perdió en medio del frío y de la enfermedad cuando era un chiquillo que no sabía si sobreviviría para ver el siguiente amanecer. Había construido su carrera para lograr como fuera dinero, poder y seguridad, para poder olvidar los miedos y los sufrimientos que agobiaban a aquel huérfano que una vez fue. Pero los miedos volvían y, cuanto más alto subía, más cerca le parecía que tenía que estar el desastre que se llevaría toda la obra de su vida.

Tal vez Utiel fuera la causa de ese desastre, o tal vez otra cosa. Fernández sabía que el rey estaba esperando algo o a alguien, si bien ese alguien no tenía que llegar de Llaguno, sino que vendría por el camino de Francia, que el rey había mandado vigilar especialmente. Fernández no sabía quién o qué era lo que el rey esperaba. Una voz en su interior le decía que Utiel en Llaguno y lo que venía por el camino de Francia traería dificultades, y esa voz le tenía en vilo, sin permitirle descanso ni tranquilidad.

24 Los años de lucha y de disimulo le habían enseñado a no dejar traslucir sus pensamientos ni sus inquietudes. Por ello, mientras se sentaba al naciente sol de la mañana, parecía más que nunca un hombre risueño y tranquilo, sin ninguna preocupación, que se preparaba a disfrutar de un día soleado. Pero un soldado veterano que le vio sonreír algo más de lo habitual se detuvo en seco en su camino, retrocedió y se dispuso a llegar a la puerta sur del campamento, dando un rodeo de tal calibre que hiciera imposible que Fernández le pusiera la vista encima.

Cuando Martín López de Córdoba sintió que las primeras luces del día caían sobre su tienda, apagó las velas y apartó las telas que cubrían la abertura que servía de puerta. Si hubiera mirado hacia el exterior hubiera visto a poca distancia a Fernández y un poco más allá a los hombres de Castro y al propio Castro. Pero López de Córdoba no se interesaba por casi nadie y menos por Castro, al que consideraba un completo estúpido, y por Fernández, que no era a sus ojos más que un vulgar asesino. Sin molestarse en mirar al exterior acercó su mesa y el taburete a la puerta para aprovechar la luz del día.

A López de Córdoba nunca le había hecho falta dormir mu-

cho y eso le había permitido trabajar por la noche, cuando todos descansaban, y así ser capaz de abarcar conocimientos y ciencias que muy pocos hombre poseían. Cuando era más joven se sorprendía muchas veces de lo mucho que la gente desconocía, pero con el paso de los años la sorpresa había desaparecido y ahora sólo quedaba el desprecio. Una vez, hacía mucho tiempo, un cura le dijo que el orgullo era un pecado y que no había que despreciar a los semejantes, pero nada le importaron los consejos del religioso y seguían sin importarle: para él todos los que le rodeaban, incluido el propio rey, eran gente despreciable. Nunca había encontrado a nadie que estuviera a su nivel y estaba convencido de que jamás lo encontraría.

Por eso era muy poco paciente con los errores ajenos. Siempre intentaba fingir comprensión y no perder la tranquilidad ante la ineptitud de los que le rodeaban, pero en muchas ocasiones su orgullo salía a la superficie y no se privaba de manifestar su opinión a los necios que se equivocaban una y otra vez. Si había algún hombre odiado universalmente en el campamento real ése era Martín López de Córdoba.

Pero ese día estaba decidido a no dejar traslucir sus sentimientos, dado que el objeto de su ira era el rey de Castilla, y a Pedro no lo habían llamado el Cruel en vano. López de Córdoba se consumía sabiendo que cada día que pasaban en el campamento era un error y que estaban ocurriendo cosas que podían ser fatales para la suerte del rey de Castilla. Cada jornada era una posibilidad más de huida para el bastardo y López de Córdoba estaba convencido de que eso era lo peor que le podía ocurrir a Pedro. Si el rey estuviera dispuesto a seguir sus consejos... pero estaba encerrado en su silencio, apenas se veía con nadie y López de Córdoba hacía dos días que no conseguía hablar con él.

Como no era Fernández, no sentía miedo. El orgullo de López de Córdoba le aseguraba que era imprescindible, que el reino no podría funcionar sin él, que Pedro de Castilla jamás se atrevería a desprenderse de su más valioso servidor. Nada importaba lo que ocurriese en Llaguno, nada importaba Martín de Utiel. López de Córdoba se preguntó, con una de sus escasas sonrisas, qué pensaría Fernández si supiese que su cuidada red de espionaje era conocida y utilizada por su rival. Había sabido

que estaba en Llaguno al mismo tiempo que Fernández gracias a algún dinero bien empleado. López de Córdoba pensó que el rey había caído muy bajo cuando prestaba oídos a gente tan vil como Utiel, pero algo estaba pasando allí y tenía que reconocer, muy a su pesar, que no sabía de qué se trataba. Se repitió una vez más que nada importaba Utiel: él ya había tomado sus medidas. Ahora todo lo que quedaba por hacer era esperar y cuando todo hubiese quedado en nada, tal vez el rey aceptaría sus consejos y levantaría aquel inútil sitio.

Pero sabía que era imprescindible esperar a que todo acabara. Se inclinó sobre los papeles y siguió trabajando a la luz de la mañana.

26 También Samuel Toledano había notado el alba, pero no se apresuró a levantarse. Esperó tumbado en su lecho, deseando que el sol calentara algo el ambiente. Se imaginaba que Castro, Fernández y López de Córdoba estaban ya en actividad, así como la mayoría de los hombres del campamento y el propio rey. Pero no le importaba. Él necesitaba algo más de calor para ponerse en pie. Al fin y al cabo era viejo, muy viejo, más que cualquier hombre del campamento, más que la mayoría de los hombres que vivían en la fría tierra de Castilla.

Toledano deseó, en vano, que volviesen los tiempos de la regularidad, cuando una mañana de abril podía ser caliente y luminosa y no el enésimo abrir los ojos a unas tierras asoladas por la helada. Cerró los ojos intentando recordar los colores de las flores y los aromas que perfumaban el aire en la judería en que nació hacía ya tantos años. Su abuelo le había dicho una vez, cuando él apenas contaba seis años y todo su afán era cazar pájaros y comer higos secos y dátiles con miel, que los judíos en Castilla sólo vivían cuando eran niños y no tenían preocupaciones. Al convertirse en hombres ya no vivían, sobrevivían, y sólo los mejores y los más hábiles conseguían llegar a la edad anciana.

Toledano pensó que él había sido de los más hábiles, ya que muy pocos judíos alcanzaban su edad. «Y mi abuelo vivió en tiempos de la regularidad —razonó—. Ahora las cosas han cambiado para peor. Ahora, en estos tiempos de frío y de ma-

tanzas, los judíos tienen que empezar a sobrevivir desde que nacen.»

Cuando nadie tomaba en cuenta al príncipe Pedro, cuando nadie creía que conseguiría escapar de la muerte y llegar a ser rey de Castilla, Toledano apostó por él. Cuando conoció a aquel joven reflexivo y extraño vio en él una fuerza que no había encontrado en ningún otro hombre. En todo el campamento sólo Castro y él llevaban con el rey desde el principio. Toledano había sido el banquero del rey, había puesto su inmensa fortuna a disposición del príncipe solitario y esa apuesta le llevó a perder todo lo que tenía. Pero cuando llegó la victoria, Pedro le devolvió con creces lo que había perdido y Toledano se convirtió en uno de los hombres más ricos de Europa.

La riqueza no daba calor a los viejos huesos de Toledano, ni tranquilizaba su inquietud y su temor. Algo estaba pasando. Lo sabía, lo podía sentir en el ambiente, en las escasas palabras que le dirigía el rey, en las miradas de los demás; lo respiraba. Algo pasaba y Pedro estaba esperando. Lo que aguardaba llenaba de oscuros temores el alma de Toledano. No sabía qué era pero una voz en su interior, una voz que no quería escuchar, le decía que Utiel estaba de una manera u otra relacionado con esa espera.

¿Qué era lo que Pedro esperaba? Toledano casi sonrió. Al fin y al cabo, ya poco bueno podía esperar de la vida: había vivido mucho, más que muchos de sus contemporáneos. Intentó pensar eso, convencerse a sí mismo, ahogar aquella voz que le decía que todo eso era mentira, que tenía las mismas ganas de vivir que treinta o cuarenta o cincuenta años atrás y que estaba dispuesto a todo para defender su vida y su suerte.

También él podía esperar. Jugaría al mismo juego que el rey, y tal vez no le fuese mal en el juego. Eran muchas las veces que había conseguido sus propósitos y no tenía ésta por qué ser una excepción. Temblando ligeramente por el frío, se puso en pie y se dispuso a salir a la fría mañana. Contempló sin sorpresa las nubes de vapor que surgían de su boca a la luz del amanecer y se cubrió con sus ropas. Estaba preparado para enfrentarse al nuevo día.

Capítulo 4

Camino de Portugal
25 de abril de 1360

28

Muchos kilómetros al oeste del campamento de Pedro de Castilla, el sol no conseguía atravesar los gruesos nubarrones y la mañana se presentaba oscura y fría. Diego de Padilla se preparaba para una etapa más del largo viaje hacia Portugal. En todos los días que llevaba de camino mantenía una idea fija: odiaba este viaje, odiaba Portugal y odiaba a la gente que le acompañaba.

Con su habitual eficacia, Rodrigo Pérez de Castro puso orden en el grupo que acompañaba a Diego. Como siempre, con la cuidadosa cortesía que exhibía desde que empezó el viaje, se acercó a él para solicitarle su orden de comenzar la marcha. Pero Diego sabía que todo era pura apariencia. Pese a que en todas partes donde pasaban se le presentaba como el jefe del grupo, pese a que iba como enviado del rey de Castilla a Portugal con una importante embajada, pese a que el mismo Pedro le había dado un abrazo al partir, no era sino un desterrado al que una escolta llevaba lejos de Castilla. Con frustración e ira contempló la cara sonriente de Pérez de Castro, y deseó hacerle tragar su sempiterna sonrisa. Pero una vez más se contuvo. Sabía bien que estaba solo y que entre los ballesteros del rey que le acompañaban no tenía ningún apoyo.

Dio la orden a Pérez de Castro y le siguió a la cabecera de la comitiva. No miró hacia atrás, pero sintió como una picadura en su espalda la presencia de Nuño Fernández de Roa, su perro

guardián. Tanto Pérez de Castro como Roa eran los dos hombres de confianza que el rey había enviado al mando de aquella tropa. Pero mientras Pérez de Castro se ocupaba de dirigir la marcha y organizar todas las actividades, Roa sólo se dedicaba a escoltar a Diego. Roa era un hombre grande, huesudo y de aspecto siniestro, endurecido por una vida de batallas de las que las abundantes cicatrices que tenía eran un buen testimonio. Desde que el viaje había empezado apenas había sonreído y casi no había hablado. Se limitaba a estar siempre detrás de Padilla, con un aspecto tan siniestro que Diego no podía evitar un estremecimiento cuando pensaba que lo tenía detrás, jugando, como casi siempre, con un negro cuchillo que llevaba al cinto. «Nuño será tu protector, Diego —le había dicho el rey al despedirse—. Quiero estar seguro de que no te ocurre nada.» Pero Diego dudaba a veces de si Roa no sería su verdugo.

Todo por su viaje a Llaguno. Desde que el rey se había enterado de ese viaje su situación en la corte había cambiado. Diego se sentía en peligro. ¿Qué estaría pasando en Llaguno? ¿Qué había hecho Utiel?

Capítulo 5

Monte Puntarrón
3 de febrero de 1332

La fría luz de la mañana invernal iluminó a los hombres que esperaban en un claro del bosque que se extendía por el monte.

30 Un hombre a caballo, inmóvil, en actitud de espera, estaba en el centro del claro. Iba abrigado con una gruesa capa de piel. Las manos cubiertas por gruesos guantes sostenían una espada desenvainada cruzada sobre la silla del caballo.

Otros seis hombres también esperaban con espadas y balles-
tas en la mano, ocultos entre los árboles que rodeaban el claro.

El silencio era total, sólo roto por el grito de algún ave ma-
ñanera. El jinete esperaba con la vista fija en el único camino
que llegaba al claro.

Al poco tiempo se oyeron los cascos de un caballo que se
acercaba a paso rápido. El hombre del claro siguió inmóvil,
aguardando. No tardó mucho en entrar en el calvero un gran ca-
ballo negro montado por un jinete vestido totalmente de negro,
que llevaba una gran espada en una vaina cruzada en la espalda.

El que esperaba siguió quieto, clavando sus ojos fríos en el
recién llegado. Éste no dijo palabra, bajó del caballo, asió la es-
pada y se dirigió en posición de ataque hacia el jinete, que bajó
la cabeza un momento como asintiendo.

La primera flecha alcanzó en la espalda al hombre de negro.
El ruido del impacto se oyó claramente en todo el claro. El
hombre de negro dejó caer la espada y se tambaleó. Otros cua-
tro dardos se clavaron rápidamente en su cuerpo indefenso y el

hombre cayó a tierra. Los emboscados salieron de entre los árboles y se dirigieron hacia el caído. El hombre atravesado de flechas intentó incorporarse y extendió una mano hacia el jinete, que seguía inmóvil, con gesto de amenaza o maldición. El herido no llegó a hablar. Uno de los emboscados se acercó hasta él con un cuchillo en la mano, le agarró por los cabellos y le cortó el cuello en un rápido movimiento. Las palabras no pronunciadas del hombre de negro se perdieron en un borbotón de sangre.

El jinete, que no había pronunciado una sola palabra, envainó la espada y sin volver a mirar el cadáver abandonó el claro. Los emboscados le siguieron.

El cadáver quedó solo en el claro. Muy arriba, en el cielo, volaba en círculos un buitre.

Capítulo 6

Castillo de Llaguno
25 de abril de 1360

32

Los hombres de Zurro llegaron jadeantes al último piso del torreón del castillo de Llaguno. Contemplaron con desaliento la trampa que les cerraba el paso. Ya habían derribado a hachazos dos recias puertas de madera, que resistieron largo rato los golpes de los hacheros, y los brazos y los hombros acusaban el esfuerzo. Zurro, exasperado, agarró el hacha de uno de sus hombres y atacó la trampa, pues sus largos y nervudos miembros eran capaces de dar golpes de enorme fuerza. Las astillas de madera volaban por la estancia y los hombres de Zurro retrocedieron para protegerse, pero el alcaide no se dio cuenta. Mientras golpeaba las maderas de la trampa con todas sus fuerzas, en su espíritu se habían disparado todos sus miedos, los racionales y los irracionales. Sólo quería saber qué era lo que le había pasado a Utiel; tenía que informar cuanto antes a Pedro de Castilla. Utiel estaba muerto, estaba seguro de ello, pero una duda le carcomía en su interior y le hacía proseguir con sus tremendos golpes a la trampa. Necesitaba ver lo que había ocurrido.

Se detuvo un instante. Había conseguido hacer un agujero en la madera y dejar a la vista el tranco que obstruía la puerta, un grueso tablón que estaba encajado en dos agarraderas a ambos lados de la trampa. Introdujo el mango del hacha para hacer palanca y mover el tronco y en poco tiempo consiguió desencajarlo.

Con un rugido apartó el tranco, alzó la trampilla y salió al exterior. Tras él fueron sus hombres. Todos ellos se quedaron inmóviles al contemplar los restos sanguinolientos de quien había sido Martín de Utiel.

Caía la tarde. Las sombras habían invadido ya el patio del castillo de Llaguno. Los hombres estaban en sus habitaciones y en el camino de ronda apenas se distinguían las siluetas de algunos centinelas.

Entre las sombras del patio, recostado contra el muro, Zurro contempló las estrellas con satisfacción. Todo había salido bien. Había corrido riesgos, los justos, y había tenido ese mínimo de suerte que siempre era necesario en cualquier juego. Utiel estaba muerto y su secreto estaba a salvo. Nadie imaginaba cómo habían ocurrido las cosas. Nadie sospechaba de él.

Un mensajero había salido por la mañana, poco después de aparecer el cadáver de Utiel, en busca del rey don Pedro. Zurro sabía que en pocos días llegaría un enviado del rey. Sonrió. Se sentía totalmente seguro. Casi deseó que el heraldo hubiera llegado ya. Sería divertido engañarle, como había engañado a todos los demás. Nadie podía descubrir lo ocurrido. El juego había terminado y él había sido el ganador.

Capítulo 7

*Castilla. Cerca de Toro
31 de diciembre de 1354*

34 **L**as primeras luces de la mañana apenas iluminaban las cinco figuras a caballo que avanzaban lentamente por el campo desierto. El viento soplabá con fuerza y eso hacía que no cayera la nieve, pero la luz del sol que apenas asomaba pronto haría brillar la blanca escarcha que cubría todos los alrededores.

Los jinetes avanzaban en fila, sin hablar, con la cabeza gacha, procurando protegerse lo más posible del viento inmisericorde. De vez en cuando alguno de ellos se giraba hacia atrás, como para comprobar si les seguían, pero enseguida volvía a bajar la cabeza, cansado de soportar el mordisco del aire.

El paso era cansino ya que los caballos también acusaban el agotamiento, el frío y el viento. Hacía ya varias horas que los jinetes marchaban: habían huido de la vieja ciudad de Toro al amparo de la oscuridad y del frío, que hacía que los centinelas se preocupasen tan sólo de sobrevivir a la noche. Envueltos en pieles y ropas poco se podía distinguir de las figuras, nada diferenciaba a los cinco hombres de muchos otros que habían afrontado en el pasado o afrontarían en el futuro las inclemencias del invierno castellano.

Sin embargo, pocos sucesos habría más extraordinarios en la historia de Castilla que aquella silenciosa huida. Entre los cinco viajeros había un rey. Un rey que huía de sus cortesanos, de sus consejeros y de su familia. Un rey de veinte años, sin poder y sin ejército. Un rey que había crecido entre el despre-

cio de su padre, el odio de sus hermanos y la traición de casi todos. Aquella noche huía de la ciudad que para él era una prisión, y partía a la conquista de un imperio. Su fortuna era la bolsa que llevaba al cinto; sus armas las que había en la grupa del caballo que montaba; su ejército, los cuatro hombres que con él huían como ladrones en la noche.

A medida que el sol ascendía en el horizonte los cansados viajeros fueron irguiéndose en sus monturas. La luz del día parecía reanimarles. El que iba primero dirigió a sus compañeros hacia unas rocas que destacaban en medio de la llanura, los demás le siguieron. Poco antes de llegar, el guía y sus acompañantes bajaron de los caballos y caminaron llevándolos de las riendas. Los agotados animales agradecieron el descanso y cuando los jinetes les hicieron detenerse junto a unos matorrales al abrigo de las rocas, se apretaron los unos a los otros buscando un poco de calor para reanimarse. Mientras tres de los hombres atendían a los caballos y preparaban el campamento, el guía se alejó, junto a uno de sus compañeros, hasta que dejaron de oírse los ruidos de los caballos y de los cuidadores.

El hombre que encabezaba el grupo se dirigió al otro con voz tranquila:

—Bien, Rodrigo. Aquí nuestros caminos se separan.

Rodrigo Muriel enarcó las cejas con sorpresa. Aunque la oscuridad apenas le permitía ver el rostro de su interlocutor, sabía que en la cara pálida y los ojos claros del hombre que tenía enfrente no había expresión que él, o que cualquiera, pudiera descifrar.

—¿Qué decís, mi señor? ¿Dónde he de ir yo?

Pedro de Castilla se cruzó de brazos y agachó la cabeza, como tenía por costumbre hacer cuando debía explicar parte de sus pensamientos para ser bien entendido. Se tomó su tiempo para responder, como ordenando sus ideas. Muriel esperó en silencio. Conocía al rey. Se daba cuenta de que éste le había apartado de los demás, de que quería decirle algo que Samuel Toledano, Fernando de Castro y Juan Fernández de Hinestrosa no debían oír. Por eso esperó en silencio, contemplando la oscura figura de su rey, mientras la escarcha se depositaba en sus ropas.

—Mi buen Rodrigo, ésta ha sido la primera y la última vez

que huyo de noche de mi prisión como un vulgar ladrón. Cautivo allí, mientras soportaba los insultos de mis hermanos y veía las traiciones de tantos que me habían jurado fidelidad, me prometí a mí mismo que en adelante ya sólo tendría dos caminos: la victoria o la muerte. No me preocupan los que dejamos atrás: están unidos solamente por su ambición y desconfían de sus rivales de ayer, que son los amigos de hoy y que fatalmente serán los enemigos de mañana. De entre todos ellos, sólo Enrique es capaz de un cálculo minucioso, y de frialdad y paciencia para esperar su momento. Pero ha decidido mantenerse al margen y esperará la lucha que se va a entablar entre los conjurados y yo para ver qué bando se alzaré con la victoria. Yo ganaré esta primera lucha, Rodrigo. Ahora que les he visto de cerca, cómo se infatuaban en su infantil alegría de breves vencedores, me inspiran aún más desprecio. Pero después de esta lucha habrá otras luchas, y te necesito a ti, no luchando a mi lado, sino como informante, como observador de lo que en otros reinos ocurre.

36

Pedro calló un momento y miró hacia la lejanía, meditando. Rodrigo, a su lado, esperó, conocedor de que el rey seguiría hablando, desvelando parte de su pensamiento y callando aquello que juzgaba que no era aún tiempo de explicar. Muriel había aprendido a respetar el cerebro de aquel muchacho, tan sólo un año menor que él, y, como él, criado en la soledad y en la falta de cariño.

—Corren malos tiempos para Castilla. —El tono de Pedro había variado. Parecía estar hablando para sí mismo, pero Rodrigo sabía que su rey jamás pronunciaba palabra si no estaba destinada a algún motivo concreto—. La Muerte Negra dejó los pueblos diezmados, algunos deshabitados, causó el terror y nadie sabe cuándo volverá a aparecer la pestilencia, que, al menos, se llevó por delante al rey, mi padre, ¡cosa de la que nunca me alegraré bastante!

Muriel quedó impresionado por la brutal franqueza de Pedro. Aunque sabía bien el odio que se profesaban padre e hijo, nunca, ni en los momentos de mayor intimidación, había hecho el monarca una confesión semejante.

—Ya no hay campesinos ni artesanos suficientes para mantener a nuestra ociosa corte, sus placeres, sus fiestas y sus ca-

ballerescas estupideces. —Pedro seguía hablando con voz deliberadamente lenta y sonora, para ser bien entendido—. Pero estos necios siguen imponiendo tributos y cargas como si los trabajadores fueran los mismos que años ha. ¡Están matando Castilla para satisfacer sus vicios! Los viejos hablan de que año el frío era menos intenso, que la estación de los frutos era más larga y que la comida abundaba. Puede ser, pero ahora vivimos años de frío y oscuridad, y no sabemos cuándo volverán, si vuelven, esos tiempos que nosotros, Rodrigo, no hemos llegado a conocer. Es una nueva era que pide nuevas ideas y nuevas formas de vida. Por eso, Rodrigo, necesito nuevas armas y nuevas formas de luchar. Necesito saber lo que ocurre más allá de nuestras fronteras. Los conjurados caerán y pronto seré otra vez rey de Castilla, pero eso sólo será el principio. Algunos de mis enemigos huirán y se dirigirán a Aragón, y el rey don Pedro no dudará en ayudarles, pues hace tiempo que envidia la fuerza de este reino y teme las intenciones de quienes le gobiernan. A Aragón irás primero, Rodrigo, y me informarás de lo que allí hay; y después a otras tierras para aprender y conocer todo lo que allí suceda y explicármelo. Será un viaje largo y pasarás años fuera de Castilla. Pero no te preocupes, que no estarás fuera de la lucha. Habrá guerras y paces, tendré enemigos que luego serán aliados y amigos que me traicionarán; pero al final, cuando todos los personajes hayan representado su papel, quedará desnudo el escenario y saldrá a la luz el auténtico desafío: lo nuevo frente a lo viejo, Pedro de Castilla frente a Enrique de Trastámara.

Rodrigo parpadeó.

—¿Enrique, decís? ¿Y los infantes de Aragón? ¿Y el maestro de Santiago y el señor de Vizcaya?

—Enrique y sólo Enrique, Rodrigo. Sólo él puede triunfar en su bando. Porque es el único de ellos que entiende la situación, que se da cuenta del auténtico motivo de la lucha. Él me entiende a mí, como yo le entiendo a él. Y es astuto, traicionero y cruel si hace falta; valiente... cuando conviene; cobarde si es necesario. Sabe lo que quiere y no hay ni ley ni moral que le hagan desistir de sus intenciones.

Pedro calló y contempló a su interlocutor. Éste sonrió apenas.

—Se parece mucho a mí. ¿No es eso lo que estás pensando,

Rodrigo? Pero hay una gran diferencia entre los dos: Enrique lucha para él y para los suyos, por la gente que conoce y por un modo de vida que cree le ha sido otorgado por Dios. Yo lucho por crear algo nuevo que haga más felices a personas a las que nunca he visto ni veré, incluso a los que me odian por ser rico y rey, incluso a tantos que han luchado y lucharán contra mí.

—Señor —respondió Rodrigo—, yo, todos los que estamos aquí, ya hicimos nuestra elección.

—Mi buen Rodrigo, recuerda esto que te digo: yo lucho por una nueva Castilla, por un reino que pueda sobrevivir en estos tiempos de frío, muerte y desgracia. En esa lucha soy implacable y no reconozco deudas ni obligaciones. Mientras lucho, nadie podrá justificar su fidelidad por lo que haya hecho en el pasado, sino por lo que esté haciendo en el presente.

Rodrigo inclinó la cabeza, pensativo. Pedro se dirigió hacia los caballos y Rodrigo le agarró por el brazo.

—¿Por qué debo ir yo, señor?

—Sólo podéis ir tú o Hinestrosa. Samuel me hace falta aquí, necesito un buen contador para el tesoro. Además, ser judío no es la mejor recomendación para ser recibido en muchas partes. Un caballero como tú, perteneciente a la más alta nobleza, con lazos familiares en Aragón e Italia, tendrá acceso a muchos más sitios y personas que un oscuro viajero judío, por muy rico que éste sea.

—Fernando es aún más noble, los Castro son de las más antiguas familias de Castilla.

—¡Fernando! —rió Pedro—. ¡Fernando de Castro, la lealtad de Castilla! ¡Descendiente de reyes y hermano de la hermosa Inés, que será reina de Portugal si sobrevive a las trampas de su suegro! Óyeme bien, Rodrigo: Fernando me es leal sobre todas las cosas, pero no entiende nada de lo que pretendo. Reverencia al rey por ser rey, no por ser Pedro. Si alguna vez llegara a comprender en profundidad lo que quiero hacer con las inútiles familias que, como la suya, están envenenando el reino, se moriría de espanto. No, necesito a alguien que comprenda la batalla que se avecina, que entienda mi pensamiento, que intuya quién, fuera de Castilla, puede ser aliado, y quién enemigo. Necesito un hombre inteligente, con juicio y con calma. Fernando no vale para eso y tú lo sabes, Rodrigo.

Pedro calló y permaneció quieto, esperando la pregunta, que, inevitablemente, tenía que llegar.

—Señor —dijo Rodrigo—, no es que rechace la misión, pero igualmente Hinestrosa podría ir. Reúne mis mismas condiciones, y no sé, señor, si esto quiere decir que le valoráis a él como más digno de confianza en la batalla que a mí.

Rodrigo procuró no dar entonación alguna a sus palabras, pero el rey advirtió debajo de ellas la verdadera pregunta de Muriel. Por eso se demoró más en la respuesta y empezó a hablar sin que, aparentemente, sus palabras tuvieran que ver con la pregunta de su interlocutor.

—Nos conocemos hace muchos años, Rodrigo, pero tú llegaste a la corte cuando ya no éramos unos niños y todavía no éramos hombres. Antes de tu llegada yo estaba solo. Era un niño solitario, despreciado por mi padre, insultado por la concubina de éste, víctima de las venganzas de mis hermanastros. Me preguntaba a menudo por qué no podía tener amigos ni compañeros. Sólo Enrique me protegía de los insultos y golpes de Fadrique y mis otros hermanos. Entonces nunca manifestó mala intención hacia mí, lo recuerdo bien, y siempre intentaba protegerme. Pero nunca fuimos amigos. Sin decirnos nada, los dos sabíamos que el destino, tarde o temprano, nos enfrentaría, que no podíamos elegir nuestra suerte. Si ambos no fuéramos hijos del mismo padre hubiéramos podido, quizá, ser amigos.

»¿Sabes, Rodrigo? La única vez que lloré de niño, Enrique me consoló. Cuando era pequeño me aterrorizaban las arañas, aunque escondía ese temor porque sabía que de ser descubierto Fadrique y Tello me aterrorizarían con ello sin compasión. Pero me espiaban; las camareras, las damas y los criados, todos, servían a la amante de mi padre, y finalmente revelaron mi secreto a mis hermanastros. Un día, Fadrique y Tello vinieron a buscarme junto con un grupo de secuaces. Entre todos me agarraron y, a pesar de mis gritos, me arrojaron a un pozo seco que había en el patio del castillo. Cuando miré hacia arriba vi, entre los torturadores que me contemplaban, a la concubina, la bruja, riéndose. Y empezaron a caer arañas, cientos, miles de arañas. Después supe que durante días todos los pilluelos que rondaban a la puerta del castillo habían acudido a vender arañas a la amante de mi padre. Yo grité con toda mi alma, pero no

había nadie que ayudara al niño maldecido por su padre, al apestado, al proscrito. Mis torturadores reían como locos y entre las risas se oía claramente la de aquella maldita perra. ¡Dios mío, cómo odio esa risa! A veces en mis sueños la oigo de nuevo y me despierto inundado de terror.

40 »De repente, se oyó una voz nueva y las risas cesaron. Las arañas dejaron de caer. Miré hacia arriba y allí vi frente a frente a Enrique y a su madre. A su alrededor, el resto de mis verdugos contemplaban la escena. En aquel duelo de miradas y silencios ganó Enrique, y la barragana se alejó seguida de su vil ejército. Enrique bajó una escalera al pozo y yo salí de él estremecido de terror. Entonces me abrazó. ¡Era la primera vez que alguien me abrazaba, Rodrigo! Allí lloré, abrazado a mi hermano por primera y única vez en mi vida. Fue un llanto breve e intenso, pero lo recuerdo como si hubiera sido hace un instante. Finalmente, Enrique me agarró por los hombros y se encaró conmigo. «Somos lo que somos», me dijo, «y no está en nuestras manos cambiarlo. Nuestro nacimiento nos condenaba a enfrentarnos desde antes que cada uno supiera de la existencia del otro.» Calló un momento, y luego añadió: «No puedes permitirte tener debilidades: las utilizarán contra ti. Has de ser duro, duro hasta el fondo de tu corazón». Me miró un instante y se fue. Allí me quedé, pensando en las palabras de Enrique, que había sido por una vez, muy breve pero a la vez muy profundamente, mi hermano. Me dirigí hacia el pozo y, solo, yo solo, bajé por la escalera hacia las arañas. Comencé a matarlas, Rodrigo, con las manos, con los pies, con mi espada de juguete. No sé el tiempo que estuve allí, hasta que la luz ya no me permitió ver si había alguna araña viva. Desde entonces no he llorado y he meditado mucho sobre las palabras de mi hermano.

Muriel escuchaba intrigado. Recordó la conducta altiva de Enrique en Toro: mientras los demás se repartían los cargos del reino y se burlaban del rey solitario y preso, el de Trastámara se mantenía aparte, rechazando cualquier prebenda.

—Poco después de lo que te he contado llegaste tú de tu aldea del norte. Por fin tuve un amigo, no sólo para jugar sino también para pensar y para plantearme mi vida. Pero nos conocemos bien, Rodrigo. Si llega un momento en que necesite que Hinestrosa actúe contra los dictados de su corazón, lo hará.

Pero, en conciencia, dime: de ti, ¿puedo estar tan seguro? Recuerda la lección que me dio Enrique: no puedo permitirme debilidades. Te llegará alguna vez el momento en que tendrás que elegir entre el cumplimiento de un deber y tus sentimientos. Entonces recordarás mis palabras y sabrás a dónde eres capaz de llegar.

Pedro calló y, agarrando a Rodrigo del brazo derecho, le dio un leve apretón. Después se dirigió hacia los caballos. La conversación había concluido y había sido larga y clara, en contra de la costumbre del rey. Rodrigo lo sabía y sabía también que había ya terminado el tiempo de las explicaciones: era el tiempo de la disciplina. Sin perder ni un momento se dirigió hacia su caballo y se despidió rápidamente de los otros compañeros: un rápido saludo a Juan Fernández de Hinestrosa y Samuel Tolledo y un estrecho abrazo con Fernando de Castro. El rey, ya en su caballo, esperaba inmóvil junto a la montura de Muriel. Éste subió y escuchó las últimas instrucciones del rey.

—Nosotros marcharemos hacia Segovia: cuando estemos allí mandaré a Fernando de vuelta a Toro para reclamar los sellos reales. Esto les pondrá en un buen apuro; si no los devuelven serán ya claramente traidores al rey. Tú, Rodrigo, dirígete al norte. Vete a Laredo o a Castro Urdiales y embarca allí para Francia. Debes llegar hasta Aragón y mandarme mensajeros con todo lo que averigües.

41

Pedro se inclinó hacia delante y estrechó un instante la mano de Rodrigo.

—Adiós, amigo mío.

—Adiós, mi señor.

Rodrigo espoleó su caballo y se puso en marcha. Los otros contemplaron cómo se alejaba a la tenue luz del sol que apenas había empezado a aparecer por el horizonte. Era la mañana del primer día del año 1355. En Castilla, muchas cosas iban a cambiar, y el rey pálido, hierático y frío que mandaba ahora un ejército de tres hombres, iba a ser pronto el asombro y el temor de Europa.